VICTORIANO GARCÍA MARTÍ

LA VOZ DE LOS MITOS

GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DEL HOMBRE

(Diálogos entre Fausto, Don Quijote, Don Juan, Hamlet, Dulcinea, Margarita, Doña Inés y Ofelia)

UN PRÓLOGO Y DOS ACTOS

ESPASA-CALPE, S. A.

A mi admirado amigo
Tomás Borrás, diestro
escritor
afectuoso homenaje de
[illegible]

LA VOZ DE LOS MITOS


ESPASA
S A
C
CALPE S.A.

LA VOZ DE LOS MITOS

GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DEL HOMBRE

(Diálogos entre Fausto, D. Quijote, D. Juan, Hamlet, Dulcinea, Margarita, D.ª Inés y Ofelia)

UN PRÓLOGO Y DOS ACTOS

POR

VICTORIANO GARCÍA MARTÍ

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1941

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 26. — MADRID

DEDICATORIA

A mis amigos Eugenio Montes, Federico García Sanchíz y Juan Pujol.
Homenaje de

EL AUTOR.

PERSONAJES

El hombre.
Don Juan.
Don Quijote.
Fausto.
Hamlet.
Doña Inés.
Dulcinea.
Margarita.
Ofelia.
Ventera.
Hija del ventero.
Maritornes.
Un soldado.
Un hombre de letras.

PRÓLOGO

He aquí un conjunto de figuras de creación humana que sería curioso enfrentarlas unas con otras. Cada una de ellas ha hablado ya a la posteridad con un lenguaje claro, pero se trata ahora de interrogarlas en conjunto. ¿Qué es lo que Don Quijote dirá a Fausto? ¿Qué éste al Caballero de la Triste Figura? ¿Qué Don Juan a Don Quijote? ¿Qué Don Quijote a Don Juan? ¿Qué, por último, Hamlet? ¿Qué dirán todos del sentido de la vida actual? ¿Qué hubieran dicho sus mujeres: Margarita, Inés, Dulcinea y Ofelia?

Veamos, ante todo, qué caminos siguieron en el mundo cada uno de estos seres de fantasía.

Don Quijote persiguió un ideal de justicia. ¿Nada más? No. Hay, sin duda, tres finali-

dades en la actividad desatada del hidalgo manchego: la gloria o la inmortalidad, el ideal de justicia y el amor platónico de Dulcinea; la máxima expresión de belleza femenina, acaso más romántica que clásica, con más color que línea.

Fausto persigue también la suma sabiduría. Sólo por decepción opta por la juventud, la vida y el placer; pero, en el fondo, él persigue el conocimiento total. El pecado y el placer son también un camino de conocimiento: es la ciencia del bien y del mal, es la fruta prohibida. Cerrada esta vía por la amonestación divina en el Paraíso, quedó, sin embargo, abierta para los rebeldes por el genio del mal. Fausto, agotada la vida legítima, emprende la otra.

Don Juan nada sabe de los caminos reales de la ciencia o de la verdad, de la bondad y el deber. Emprende su actividad por los caminos instintivos del amor.

Naturalmente, todos estos caminos están a disposición de los hombres que siguen con cautela y con esfuerzo los legítimos y ceden a los del mal por la fuerza del instinto.

No parece una preocupación esencial de Don Quijote el camino de la verdad o de la ciencia. Las grandes verdades metafísicas o científicas no son la inquietud de nuestro hidalgo. El ha nacido para enderezar entuertos. Encomienda el remedio de estos males a la fortaleza de su brazo. Las armas son el primer instrumento para solventar las diferencias entre los hombres. El progreso de las costumbres ha pretendido encomendar esta función al razonamiento por medio del diálogo. Don Quijote ha nacido en aquella época dorada de la caballería andante que tomó sobre sí el trabajo que había de encomendarse a los cultivadores del derecho. Verdad es, justo es decirlo, que no con mejores resultados. Parece que Don Quijote no busca enderezar entuertos por la sola satisfacción íntima de la justicia en sí, por el restablecimiento de las normas quebrantadas y por la armonía que de ello habría de resultar en el mundo humano. No habla de esto si lo pensó. Su inquietud se dirige, sobre todo, a desfacer entuertos por la resonancia histórica que de ello hubiera de resultar; es decir, para

gloria suya, para su gloria humana precisamente, para su inmortalidad del lado de acá de la vida. El no quiere morir en la mente de los hombres. ¿Tendría razón Unamuno y será el sentimiento trágico de la vida y el amor, por tanto, a la inmortalidad lo que inspire sus actos?

En Fausto, en cambio, la preocupación de la verdad parece ser esencial. Por último, Don Juan no tiene ninguna preocupación de índole racional. Es puro instinto.

Hagamos, por de pronto, una advertencia. Estas figuras universales, que desbordan los límites o fronteras de una nación en cuanto a sus ambiciones respectivas y en sus hondos sentidos humanos, tienen, sin embargo, el matiz propio de la vocación del país de origen. Dos de ellas son netamente españolas no sólo porque fueron imaginadas o engendradas en nuestro suelo, sino porque están nutridas de esencias y de sangre hispanas. No hay duda ninguna, respecto de Don Quijote, de su ambición de justicia y aun del deseo de sobrevivirse, de este anhelo de gloria y de inmortalidad que tiene una especial resonancia en

toda la historia de España. Creemos que tampoco ofrece duda la solera de Don Juan. Es un pura sangre español este mozo, que, inconscientemente, resuelve el problema de la vida en la ceguera del amor. El sentimiento trágico de la existencia es, en efecto, un problema universal que a todos nos afecta y que todos intentamos resolver por distintas sendas. Queremos vencer a la muerte y al misterio. Unos por el camino de la inteligencia, en busca de una verdad última y definitiva; otros por los varios caminos de la intuición, de la fe o del arte. Los que no llegan a esto se contentan con vivir, y, dentro de la vida, con la función que más ahonda en ella: con amar. Es éste el camino más instintivo y ciego, pero el más democrático y el que está al alcance de todos. Las gentes aman, engendran hijos y transmiten su existencia de generación en generación, cumpliendo una ley del destino humano, sin meterse en más averiguaciones del "por qué" y "para qué". En esta función hay placer y hay dolor. Don Juan pretende segregar la mejor parte y quedarse con el placer, y, aunque esto es muy de todos los

hombres, éstos suelen quedar presos en el deber y la responsabilidad, de los que huye, con fortuna, Don Juan. Esa parte del placer se presta a la retórica del amor y nadie parece que gasta tanta retórica en amar como el español. ¡Cuidado que se adorna y se engalla frente a la bella mitad del género humano! Todo español, al menos por su fama, es el conquistador por antonomasia: es un poco el Don Juan. Todas las hembras del mundo se estremecen de gozo y de ansiedad cuando este mozo, de ojos negros, tercia su capa y rasga la guitarra en una serenata de amor.

Fausto, en cambio, es alemán. No es la inteligencia superficial, flor de espuma que se satisface con el chispazo genial. Es la inteligencia con voluntad que se encierra con sus retortas y sus matraces buscando el oro de la verdad para obtener el poder, y lo hace persistentemente un día y otro día hasta envejer, olvidándose a veces de este sencillo menester que es la vida humana. Cuando se acuerda, acaso es tarde. El viejo doctor Fausto quiere vivir, nada menos que vivir. En la floresta de la vieja Germania parece arrai-

gado este anhelo de saberlo todo, no por el puro goce de saber, sino para dominar la vida exterior y el mundo.

Y ¿no hay más símbolos universales? Sí. No olvidemos uno que aporta un país al margen, un país brumoso, en donde nace Hamlet, pero Hamlet es la duda y el análisis. Dejemos a esta figura enfrentada con las otras tres que implican afirmaciones de la vida tan hondas, tan sólidas y enérgicas como las que representan Don Quijote, Fausto y Don Juan. Dejemos que ellas marchen ciegas por el camino de la acción en tanto Hamlet vacila.

No es sin valor este camino de la vacilación que muestra una actitud de respeto a la relatividad de las cosas.

ACTO PRIMERO [1]

ESCENA PRIMERA

El hombre

Os hemos llamado como a nuestros mejores hijos, en trance de crisis dolorosa. El mundo rueda. Han pasado siglos desde vuestro nacimiento. ¿Podréis decirnos cuál ha sido el resultado de vuestros caminos y vuestras empresas? ¿Cómo encontráis el mundo, según vuestras particulares vocaciones?

---

(1) Como esta obra no fué concebida ni realizada para representarse, dejando aparte sus posibilidades escénicas, no hemos querido hacer ninguna acotación sobre la entrada y salida de los personajes.

Don Juan

Yo podría seguir contando mil historias de amor y de mis conquistas. ¡Cuántas víctimas habrían caído ya en mis brazos! Pero, en realidad, yo me pregunto: ¿las conquisté yo o me conquistaron ellas? ¿No nace la mujer ya conquistada? Desde que su seno palpita y su mirada se detiene en la primera flor que se abre en la primavera, ¿no ha visto ya la mujer oculta en el jardín de su juventud la serpiente que tentó á Eva? ¿Quién conquistó a quién? No tuve otra cosa que hacer que pasear airoso mi gallarda figura juvenil y masculina. Lo que acaso hubo en mí de extraño es la persistencia en mi oficio. Los hombres pasan por el jardín del amor cuando no son todavía experimentados, y cuando llegan a serlo, el jardín se queda atrás. Acaso en mi inconsciencia juvenil hay una reveladora gracia de picardía y de intención. Dijérase que nací enseñado: esto constituye mi donjuanismo. Es posible que esa secreta enseñanza me la revelase la tierra. Es la gracia

y el encanto de nuestro sueño español que nos dió el impulso y la sangre de empresa y de conquista, conquista de algo. Ciertamente, no encontré la solución de los enigmas de la vida, pero viví, y vivir es ya bastante. Nada me arredró. Ni me impusieron las sombras angustiosas de la existencia. Por la fiebre del amor sentí tal vitalidad que desafié a la muerte misma. Sabía que era mi rival; sabía que me disputaba mis presas. No la temí, y, en prueba de mi desdén, la invité a sentarse conmigo en el banquete de la vida. No creo que se pueda llegar más lejos en el camino de la vitalidad que invitar a la muerte a vivir. Con arrestos de pirata y argucias de diablo pasé por el mundo arrollando a la moral y a los deberes todos. Mi airosa figura llevaba en los labios la sonrisa retadora. Apuré los encantos materiales de la vida, teniendo por fueros mis bríos y por premáticas mi voluntad. Mi camino es, pues, un gran camino: es el camino real del instinto.

Don Quijote

Yo también soy español. También tengo la sangre y el valor del suelo hispano. No heredé la gracia, pero sí la fiebre de la conquista. Altas empresas humanas en que los fracasos suelen ser más fáciles que los triunfos; pero lo importante es el aliento, el valor y la voluntad heroica de la lucha. Mi espíritu no es la inteligencia, es la voluntad indomable al servicio de un alto ideal humano. En el mundo represento un camino, uno de los más elevados. Dejo a los sabios que busquen las fórmulas para el dominio de la naturaleza y de las fuerzas físicas con el fin de aumentar el bienestar material y el poder sobre las cosas, pero yo peleo por un ideal moral, lucho por la justicia social, protejo al débil y mi esforzado brazo está siempre dispuesto a amparar a los desamparados. Mi figura sigue de lejos la del Divino Redentor. Como Él, he sido muchas veces crucificado; como Él, resucito en mi eterno empeño de alcanzar la justicia ideal. ¿Mejoró el mundo por mi esfuer-

zo? ¿Hice algo? No lo sé. No puedo considerar mis fracasos porque soy el propio optimismo y la fe. Si dejara de creer y de esperar, dejaría de ser. Una vez he dejado de ser loco y me he muerto. Creo firmemente en la eficacia de la justicia. Creo en su valor absoluto sobre la tierra. Todos los progresos de la ciencia, que hacen posible el dominio sobre el mundo, nada valdrían sin el orden humano del cumplimiento del deber y de una justicia ideal.

Fausto

Yo no niego la importancia de esa aspiración humana de lo justo, pero mi inquietud nace del deseo de saber, de saberlo todo, de indagar la verdad hasta el límite de la inteligencia, y cuando no se pueda pasar de ahí, agotando el placer del vivir: la vida en todas sus dimensiones. Nací en Alemania. Represento el ansia de saber y de poder, el ansia del dominio de las fuerzas naturales. Mi camino es eterno. En mi loca ansia de saber pretendo conocer también los misterios que

nos limitan el paso; pero la vida es un círculo que se cierra sobre sí mismo. No hay en el orden natural medio de llegar más lejos cuando se llega a ciertos límites; por eso pacté con los poderes diabólicos. Tuve que volver sobre mis pasos. En mi afán de saber, envejecí sobre los libros y se me había olvidado vivir. Quiero sentir en lo más profundo de mi ser todos los goces otorgados a la humanidad. Caminar por todas las sendas del bien y del mal: del día y de la noche. La noche del placer y el día del arrepentimiento. Quise acumular el valor del león, la agilidad del ciervo, la experiencia de los años, las ilusiones de la juventud, y ahondar siempre en esta obra inmortal, jamás acabada y siempre recomenzada de nuevo de la pobre humanidad. Prefiero ignorar que las realidades no sacian, que la vida es un juego en el que nunca se gana, que es fruto que se pudre antes de madurar. Quiero vivir hundido en el vértigo. No oír jamás esa canción del límite y de las prohibiciones que en nuestros oídos se oye a cada hora con la voz bronca del deber. Sigo con la eterna ansiedad el nuevo día, aun descon-

fiando de que no ha de alumbrar más que la víspera. Renuevo las ilusiones que conducen a lamentables abismos. Soy la humanidad descontenta con todas sus aspiraciones infinitas de poder y de saber. El hombre debe mantener erguida por encima de todo esta facultad de inquirir la verdad, de aspirar a ser fuerte y poderoso. Aspiré a este triunfo por todas las sendas.

Hamlet

En todo caso cabría preguntar cuál de vuestros caminos representa el sentido más noble y fecundo de la existencia humana. Yo no dudo que el mío. Aunque Fausto lograse toda la ciencia del mundo y dominase las fuerzas materiales, siendo todo ello relativo y limitado, aun aumentando el poder del hombre sobre la naturaleza, siempre quedaría la limitación de su propio poder y sobre todo la *impotencia* en el mundo moral, donde no se gana nada con querer mucho y se gana, en cambio, mucho con arriesgarlo todo, por el sacrificio, la abnegación y el renunciamiento. Toda so-

ciedad se plantea dos clases de afanes: uno es el de su labor de cultura para acercarse a la verdad, teniendo por descontado el que no podrá llegar más a las verdades últimas, lo que ya impone un sentido de resignación allí donde limitamos con el dolor y con la muerte, y otro problema más fundamental y previo es el de la convivencia con todos, no cerrando el paso a ninguno. Vos, Fausto, lucháis por saberlo todo; Don Quijote lucha, en cambio, por un ideal de sacrificio y de bondad, lucha contra todo lo que signifique fuerza y opresión; por eso protege al débil y al desamparado, a cuyo servicio pone la fortaleza de su brazo y de su lanza en ristre. Ni la verdad absoluta ni la justicia absoluta podrán realizarse jamás en el mundo. Sólo quedan tres caminos posibles: el primero, el sometimiento a un límite y la creencia en un mundo sobrenatural donde residen esos valores absolutos. De los otros caminos, meramente naturales, uno consiste en el goce de la vida por la vida misma, fundiéndose en las entrañas palpitantes, el camino seguido por Don Juan; otro, el de los contemplativos

espectadores, que emprendemos con temor los caminos de la vida porque guardamos el máximo respeto a las actitudes ajenas.

"Existir o no existir: ésa es la cuestión. ¿Cuál es la más digna acción: sufrir los golpes de la injusticia u oponerse al torrente de calamidades que nos afligen y darles fin con valerosa resolución? Morir es dormir. Y por un sueño podemos decir: las aflicciones y los dolores se acabaron. Morir es un término que debiéramos solicitar con ansia. Morir es dormir, y dormir, acaso soñar."

ESCENA II

MARGARITA *(Hablando con Inés.)*

¡Oh, qué bien nos entendemos, Inés! Tú y yo tenemos el mismo sentido, palpitan al unísono nuestros corazones y animan nuestros cuerpos el mismo aliento inmortal y divino. Si cedimos al influjo humano de la pasión, he-

mos sabido redimir a nuestros amantes de la caída mortal del pecado y los hemos salvado por la gracia de nuestro amor, que no se encerraba en los límites carnales. Hemos amado también el alma y con el alma, por eso nuestro amor nos fué perdonado.

Más difícil empresa la mía, porque Fausto había hecho pacto expreso con el diablo. Buscaba en mí justamente el pecado. Quería recorrer los caminos del mal por rebeldía y afán de conocimiento. En ti Don Juan buscaba sólo la atracción por ella misma: era un poco el amor por el amor.

Doña Inés

Por eso me fascinaba aun dentro del claustro; pero Don Juan, como en tu caso Fausto, quedaron presos en nuestra virtud. Cierto que Fausto intentó nuevos desposorios con Helena; mas el amor pagano prescribe y pasa como el de Don Juan con otras mujeres, y si el amor tiene una resonancia eterna, ésa sólo

se encuentra en el principio espiritual que nosotras representamos.

(Dirigiéndose a una figura de mujer que entra.) ¿Quién sois vos?

DULCINEA

Soy, hermanas mías, un eco. Soy un reflejo. No existo por mí misma. Soy una idea. Yo tengo la máxima desgracia y la máxima fortuna. Fuí la mujer más amada, pero no pude corresponder porque no existo. Me vi privada del mayor placer del amor, que es ser el sujeto activo. Entre el amante y el amado es preferible ser el amante. Yo no pude corresponder: no sé nada de los sufrimientos del amor, que vale tanto como no saber nada del amor. Y, sin embargo, tuve lo que todas ambicionan. Fuí tan de él que sólo soy una creación de él. Lo que todas desearían lo tuve en el más alto grado: la lealtad, la fidelidad...

OFELIA

Yo os gano a todas. Yo sí sé lo que es amar. Amar sin ser correspondida, que es todavía un grado supremo del amor. Amar al hombre que vacila y duda, al hombre frío y escéptico, y no conseguir su amor.

DULCINEA

Yo alenté las empresas más nobles del más alto caballero andante.

MARGARITA

Yo posé la suavidad de mi mano femenina sobre la frente más inquieta y ardiente para calmar la inútil ansiedad de saber de Fausto.

DOÑA INÉS

Yo, nueva Eva, al revés, redimí a Don Juan de sus peligros.

OFELIA

Yo no pude influir nada en Hamlet. ¿Cuál de nosotras alentó la mejor empresa? ¿Cuál de nosotras alentó el camino verdadero del hombre?

DOÑA INÉS y MARGARITA

Nosotras hemos señalado el camino inmortal: la gloria eterna.

DULCINEA

Yo le he hecho conseguir la gloria humana.

OFELIA

Yo le ahorré la inútil empresa de vivir.

(Todas a una.) Y todas hemos ganado la inmortalidad.

ESCENA III

MARGARITA

"Veo en ti, Fausto, algo obscuro, que me atormenta."

FAUSTO

"Querida mía..."

MARGARITA

"No puedes figurarte el horror que me causa la sombra diabólica que te acompaña."

FAUSTO

"Nada temas, alma mía."

MARGARITA

"Y, sin embargo, no sé qué fuerza superior me atrae hacia ti."

FAUSTO

Acaso la sombra diabólica.

MARGARITA

"Prométeme, Fausto..."

FAUSTO

Todo cuanto quieras, amor mío.

MARGARITA

"Dime: ¿cuál es tu religión?"

FAUSTO

"Deja eso; bien sabes que te amo y que daría por ti mi sangre y mi vida."

MARGARITA

"¿Crees en Dios?"

FAUSTO

"Quién se atrevería a exclamar ¡no creo! ¿No ves la bóveda del firmamento y en ella brillar los astros girando dentro de la mayor armonía? ¿No ves en mis ojos los tuyos y cómo afluye toda nuestra vida al corazón? Acaso no está esto envuelto en un perpetuo misterio." Ese misterio inquietante que tanto me obsesiona.

MARGARITA

Calma, amigo mío, esa continua fiebre y esa eterna ansia de saber que te consume. Yo posaré mis manos sobre tu frente ardiente, y en el amor espiritual que te redime y eleva sobre el mundo, despertando a la fe, encontrarás alivio de tu inquietud jamás satisfecha.

FAUSTO

El amor espiritual que me brindas puede ser un calmante para el hombre que no se inquieta por los problemas angustiosos de la vida y de sus misterios. Acaso pueda ser la única solución que nos obliga a entornar los ojos; pero yo, Fausto, soy la inquietud misma, soy la ansiedad constante de una época atormentada por buscar la clave de todos los enigmas por los caminos de la razón. Sí, lo sé, la razón no puede darnos jamás soluciones claras, pero es la señal más alta de nuestra dignidad humana y no nos resignamos a

prescindir de ella. Había pasado, Margarita, la edad de la fe absoluta y ciega y, sin embargo, ahora parece retornar. Yo represento aún la ansiedad del espíritu del renacimiento atormentado por conseguir la verdad eterna por el camino de la ciencia.

MARGARITA

Frente a esa angustia estoy yo, la fe.

HELENA

(Entrando.) No, Fausto, no lo creas. Yo, Helena, represento cuanto pueda halagarte: la norma estática y clásica de la belleza, y en esta norma, en la serenidad de esta norma, hallarás descanso a la sed que te consume.

FAUSTO

Cierto, Helena, que la serenidad de tu forma representa en la vida un valor que nos

atrae y subyuga, pero el hombre necesita más todavía: el cálido contenido de una realidad y de una verdad íntima y palpitante.

MARGARITA

Esa verdad la representa mi espíritu.

HAMLET

¡Extraño error! ¡La mujer! Pobre ser que transmite la vida y el dolor; que transmite y hace perenne la carne y las formas perecederas y la muerte, en suma. Idos, idos todas al convento. Allí encontraréis los caminos eternos sin buscarlos a través de la carne mortal. Ofelia, por lo menos sálvate tú entre todas las mujeres. Niégate a cumplir la triste herencia de la especie. Vete, vete al convento... Y tú, Margarita, que andas a la caza de hombres para redimirlos entre tus brazos a la verdad eterna, perderás el tiempo con hombres como Fausto, que son la fie-

bre y la ansiedad constante; ¿por qué no os vais todas al convento? No, tú, no, Helena. Tú no eres más que que la forma fría, bella y seductora; tú acaso tienes tu destino aquí abajo. Tú enseñas al hombre que, aun dentro de la carne corruptora, queda la forma de un arquetipo que ilumina el camino de la vida. Tú puedes marcar una luz guiadora para que los hombres no se hundan en el barro de la materia.

DON QUIJOTE

¿La forma? ¿El arquetipo? ¿Quién habla aquí de la forma? Sosiéguense todos. Reconozcan todos las superioridad y excelencia de mi señora Dulcinea.

HAMLET

¡Dulcinea! Es verdad; y, sin embargo, ¡qué ideales tan distintos! Helena es la figura clásica, estática, reposada, fría. Dulcinea, en-

gendrada en la mente de Don Quijote, un ideal femenino dinámico que linda con dos épocas distintas. Es la forma bella, pero animada por la misma fiebre del caballero andante; tiene un poco de la serenidad platónica y tiene la animación y la vida que le da a alentar las grandes empresas del caballero que busca afanoso la justicia y la gloria. ¡Qué sabe Helena de la gloria!

DON QUIJOTE

Sin Dulcinea no se hubiese hecho nada grande en la vida. En todo destello de gloria humana, de toda grande empresa, hay siempre una Dulcinea.

INÉS

¿A la gloria humana os referís, caballero?

HELENA

¡La gloria! ¡Qué palabra tan nueva para mí!

DOÑA INÉS

¿Qué nos importa a nosotras la gloria humana?

HAMLET

Tu amor, Inés, es puro lirismo. En Margarita hubo la inquietud abrasadora de Fausto, sabio y experimentado, que se había olvidado de vivir, que tornó a vivir cansado de saber; a ti se acercó la juventud anhelante; a Margarita, la vejez desengañada.

DON JUAN

Vivir, vivir en la zona cálida del amor. Es también una forma de saber, hundirse en las entrañas palpitantes del misterio de la función más íntima y divina de la especie.

DOÑA INÉS

Sin embargo, Don Juan, aunque yo también fuí el objeto de esa voluptuosidad ciega, supe dominarla con una chispa de espíritu que te llevó a la verdad eterna.

MARGARITA

Como yo a Fausto.

HAMLET

Cierto, pero por distintos caminos: a Fausto había que cerrarle los ojos; a Don Juan había que abrírselos.

HAMLET

(Dirigiéndose a Don Quijote.) Y vos, pobre soñador, ¿qué representáis y qué sois en este mundo del amor?

Don Quijote

"Yo sé quién soy." Acaso ninguno de vosotros tenga tanta conciencia de su ser como yo, porque ninguno padeció la locura de ser en tan alto grado. Nada ni nadie nos hace tanto ni tan grandes como la voluntad; la voluntad que no se rinde, la voluntad que persiste en el camino, y de tal modo fuí quijote, que soy el Quijote por antonomasia. "Yo pretendí matar en los gigantes a la soberbia; a la avaricia y a la envidia, en la generosidad; a la ira, en el reposado comedimiento; a la gula, en el poco comer y en el mucho velar; a la lujuria y a la lascivia, en la lealtad que guardé a la que fué señora de mis pensamientos."

Don Juan

Alto ahí. Yo repugno esa lealtad. Mi secreto es conquistar sin enamorar. Si yo me enamorase dejaría de ser Don Juan. Yo soy

más humano que vuestra merced. Y todos los hombres, en punto al amor, son más Don Juan que Don Quijote.

Don Quijote

No os perdono, Don Juan, vuestras infidelidades, vuestro modo de entender el amor. Vos fuisteis el conquistador y yo el por siempre y para siempre conquistado. Yo hallé, en fuerza de intensidad, los encantos del eterno femenino en la más zafia y vulgar de las mujeres. Vos, en cambio, buscasteis a través de todas las mujeres a la mujer sin encontrarla, porque no habéis sabido buscar, porque no habéis tenido la elevación de alma suficiente para encontrar la esencia, los valores esenciales que residen en el más bajo como en el más alto ejemplar. Amasteis de prisa porque solamente amasteis la carne y temíais los enemigos corruptores, es decir, temíais a la vejez y a la muerte. Yo, en cambio, amé más allá de la muerte, porque amé lo inmortal.

DON JUAN

(Con una carcajada cínica.) ¡Lo inmortal! ¡Pobre don Quijote! Sois un soñador y un loco. Vuestra merced no conoce el amor, no sabe nada del encanto de aprisionar en vuestros brazos la realidad palpitante; de veros retratado en unos ojos de mujer; de sentir la vibración íntima de la vida allí mismo donde la vida se produce.

HAMLET

Y, sin embargo, creo que los dos os completáis, que sin los dos España no existiría. Creo que sois la raza y el carácter, la vida y el espíritu de España.

DON QUIJOTE

Yo soy consecuente con mi carácter. Nadie ha quijoteado tanto como yo transformando

a la realidad prosaica en el más bello sueño, y al objeto de mi amor, de zafia aldeana he sabido convertirla en el arquetipo de la belleza femenina. Yo sé quién soy. (*Postrándose e hincando una rodilla en tierra ante Dulcinea.*) "¡Oh, princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublime presencia a la columna y sustento de la andante caballería? No dejéis, señora, de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu hermosura hago el rendimiento y la humildad con que mi alma te adora."

Dulcinea

(*Dirigiéndose a todos.*) ¿Hay algo, señores míos, superior a vivir encantada a los ojos del amado y que éste no nos vea tal cual somos, con nuestras imperfecciones y defectos, sino con el velo de la espléndida ilusión transmutándonos en el ser más ideal?...

OFELIA

Quizá es mejor que, como Hamlet, nos desengañen. La vida acaso no vale la pena de ser vivida.

DON QUIJOTE

"Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quienes los antiguos pusieron por nombre de dorados y no porque en ellos el oro (que en esta edad de hierro tanto se estima) se alcanzase en aquella venturosísima sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras: "tuyo" y "mío". Eran en aquella edad todas las cosas comunes: todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos sin que la turbasen el favor y el interés que tanto ahora la menoscaban y persiguen."

Hamlet

Estais atentando contra vuestro propio ser.

Don Quijote

Yo he dicho, en mi tiempo, que la desaparición de esta edad dorada es lo que hizo posible la orden de la andante caballería, que no es en el fondo otra cosa que la eterna aspiración humana de la justicia. Eterna aspiración que nos hace mantener en tensión continua. Soy de una profesión en que mejor parece vivir velando que durmiendo. Velamos mientras los demás duermen. Hemos nacido para vigilar el sueño de los otros. A nuestro lado hay siempre muchos Sanchos dispuestos a dormirse. Y si alguna vez nos siguen es más bien por las ínsulas que les prometemos que por el ansia ideal de justicia. Nada de esto se consigue sin grandes esfuerzos ni grandes trabajos, y necesitamos siem-

pre de algún mago encantador que disculpe nuestros fracasos y que justifique nuestros triunfos.

HAMLET

Fausto debe saber de estas cosas.

FAUSTO

Mi ciencia ya no es ni escepticismo. A fuerza de saber llegué a conocer lo que me falta.

HAMLET

La ciencia. ¡Bah! Palabras, palabras, palabras.

DON QUIJOTE

Yo soy el símbolo de la fe.

HAMLET

Yo soy el símbolo de la duda.

FAUSTO

Os propongo que nos demos una vuelta por el mundo para ver si nuestros sentidos han triunfado o han fracasado: qué han hecho los hombres en las rutas que les hemos señalado.

HAMLET

Vamos, pues, a juzgar la obra y la conducta de nuestros padres.

DON QUIJOTE

Vamos a responder a la consulta que el Hombre nos ha planteado.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

DON QUIJOTE

Descansemos un rato en esta venta. Venta o castillo, qué más da. Ni yo ni nadie sabe cuál es la realidad verdadera. No es menos real la realidad de un sueño que la de esa realidad que pretendemos y que, al fin, la muerte nos hace ver que también fué soñada. He recorrido todos los caminos del mundo; los he recorrido en avión porque Rocinante no podría resistir tan largas jornadas. El mundo arde en llamas. Ya no se combate por los huérfanos y los desvalidos. Los huér-

fanos y desvalidos son ahora muchas veces las víctimas. Nadie escucha mi voz. La fortaleza de mi brazo, que pudo con los gigantes, no puede con los hombres.

UN SOLDADO

Soy el soldado de la guera del mundo; vengo del campo de batalla. Pelean continentes enteros: en todos los hombres ha prendido la pasión. Soy soldado y me bato por disciplina y por deber.

DON QUIJOTE

¿Y vos, quién sois? *(Dirigiéndose a un hombre que, sentado ante una mesa, escribe.)*

HOMBRE DE LETRAS

Soy hombre de letras; pretendo hacer filosofía de la Historia. Me refugio en esta ven-

ta, lejos del ruido de las armas y al lado de los caminos por donde pasan los luchadores que hacen la Historia. Este terremoto social es el parto doloroso de una nueva forma de vida. ¿Cuál? ¡Dios sabe! Nunca la mente humana estuvo tan por debajo de la realidad y los acontecimientos. Ciertas épocas de la vida son creadoras. Otras, en cambio, viven de lo que han creado aquéllas. En esas épocas de calma es fácil predecir, pero en estas otras críticas dijérase que el poder del intelecto se anula y buscan los hombres en la fuerza de los hechos la luz que ha de guiarlos.

DON QUIJOTE

Curiosas sendas las de los hombres. "Cierto que las letras tienen como fin poner en su punto la justicia y dar a cada uno lo que es suyo, fin por cierto generoso, alto y digno de alabanza; pero no de tanta como merece aquel que las armas atiende, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mejor bien que los hombres pueden desear en esta

vida. Y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día cuando cantaron en los aires: "Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad", y la salutación que el mejor Maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: "Paz sea en esta casa", y otras muchas veces les dijo: "Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea entre vosotros". Curiosos caminos estos de los hombres, y más curiosa y extraña su naturaleza, pues siendo fines tan altos y esenciales la paz y la justicia, las buscan los seres humanos paradójicamente por medio de la lucha y de la guerra. No es la lucha principio esencial de la vida humana, se afirma, y para sostener este principio se lucha cruelmente. Y siendo el razonamiento el medio de entenderse los hombres, se acude, sin embargo, a la acción de las armas. Ello porque la razón humana no alcanza toda la verdad, sino aspectos limitados de ella, y los hombres anhelan cada uno

la verdad en términos absolutos, sin limitaciones y, por tanto, sin cabida para los aspectos razonables de la ajena. "Yo nací por querer del cielo para resucitar la edad de oro. Yo soy aquél para quien estaban guardados todos los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos", que, sin embargo, nunca pude imaginar que fueran tan grandes como los que ahora se advierten.

VENTERA

¿Vos sois, pues, aquel de quien se cuentan tan brillantes historias? El más valeroso caballero que hubo en toda descubierta de la tierra.

DON QUIJOTE

"Creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal que si yo no la alabo es por lo que suele decirse

que la alabanza propia envilece." Mi historia os dirá de mis hazañas y de mi gran lealtad amorosa.

MARITORNES

"Así es la verdad; a fe que yo gusto de oír y leer vuestras aventuras y las historias de los caballeros andantes, que son muy lindas, y más cuando se está la dama debajo de unos naranjos abrazada con su caballero mientras la dueña, muerta de envidia, les hace la guarda. Digo que todo esto es cosa de mieles."

DON QUIJOTE

¿Y a vos qué os parece, señora doncella? *(Dirigiéndose a la hija del ventero.)*

HIJA DEL VENTERO

"No sé, señor, en mi ánima. También yo leo con delectación estas cosas, y aunque no

lo entiendo, recibo gusto en ello; pero no gusto de los golpes, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo."

VENTERA

Calla, niña, que parece que sabes ya mucho de estas cosas.

ESCENA II

DON JUAN

¿Pero existen niñas así todavía? Cómo se conoce que vivís en una venta, al margen del escenario del mundo y casi al margen de los siglos. Yo acabo de realizar también mi peregrinación por la tierra; no visité los campos de batalla ni las salas de armas, pero sí

los templos y las salas del amor: los *dancings* y los *cabarets.* ¿Hay algo más triste que un *cabaret?* ¿Es así como se divierten las gentes de ahora? ¿Son esas salas raquíticas y asfixiantes las atracciones de las gentes modernas? Aquellas damiselas que exhiben sus piernas en las altas banquetas del bar, bebiendo esas pócimas del peor gusto, manchando los labios y las bocas que han cantado los poetas con el infecto cigarrillo, ¿son las mujeres del día? ¿Pueden estar seguras estas damas de inspirar alguna pasión arrebatadora? ¿Se podría decir de esta atmósfera infecta como del bello paisaje del Guadalquivir, que está respirando amor, cuando lo que se respira en realidad es la inmundicia? ¿Podrían estas señoras resistir la escena del sofá sin interrumpirle a uno pidiéndole un cigarrillo, un *cok-tail* o invitándole a jugar una partida de *póker?* Mirad, mirad la cara de esos donjuanes de hoy día, fatigados y sin alegría. Gestos serios con aire de suficiencia, de hombres de vuelta ya de todo y que van, sin embargo, a esos antros de locura para presumir precisamente de eso: de

estar de vuelta. Ninguna actitud indica cortesía ni nobleza. Las inclinaciones del sexo están ahí, y en las peores de sus formas. Ningún ademán que indique dignidad. Ved a los caballeros cómo abrazan cínicamente a sus damas en esas danzas plebeyas. En mi época una dama se desmayaba con elegancia en mis brazos, y sólo desmayada podía caer en los brazos de un hombre. Era un honor para su sexo femenino no ceder conscientemente y con los ojos abiertos; era un honor para el hombre, ya que tanto podía su atracción y su influjo, y era, por último, un homenaje a la dignidad y al pudor. Sobre todas estas actitudes se tiende un fondo sombrío de tristeza. Ved, de otro lado, cómo ritma bien con toda esa música monótona y ridícula, sin gracia y sin espíritu.

Fausto

Yo visité las instalaciones modernas: fábricas, industrias, laboratorios... ¡Oh!, ya no es aquel execrable y mohoso cuchitril a tra-

vés de cuyos pintados vidrios se quiebra, mortecina, la grata luz del cielo, aquellos rimeros de ahumados papeluchos, cercados por todas partes de redomas y botes atestados de aparatos e instrumentos. Ved ahora qué magníficos laboratorios, qué poderosas instalaciones. Pero antes buscábamos en aquellos infectos cuchitriles la vida o el secreto de la vida, y ahora, en todas estas instalaciones magníficas, se busca sólo la muerte y la destrucción. Esto es lo que se llama el progreso. Y es que los hombres se cansaron de interrogar a la vida. Ella se negó a despojarse de sus velos. No le arrancaron sus secretos a fuerza de palancas, tornillos y retortas, y cuando la Naturaleza niega el conocimiento de sus enigmas, entonces cambiaron los hombres de objetivo y trataron de buscar el aniquilamiento de la vida; tratan de buscar en la vida la muerte.

Don Quijote

¡Oh, las terribles máquinas infernales destructoras de la vida y de los hombres! Mis

armas fueron sólo las que eran una pura extensión de mi brazo, de mi brazo constantemente dirigido y mandado por mi razón y supeditado a ella. "Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos que dieron causa a que, sin saber cómo ni dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima los pechos, llega una desbandada bala y corta y acaba en un instante la vida de quien la merecía gozar luengos siglos." Considerando esto, tentado estoy por decir que me pesa haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es ésta en que ahora vivimos.

Fausto

Parece que a los hombres les haya entrado la fiebre de la acción. Un poco fatigados de largos años de ejercicios de la razón y del análisis, un poco desencantados de sus investigaciones, dejan la razón a un lado y se pu-

sieron a vivir sólo con la voluntad: la voluntad de hacer y de ser; dinamismo es el tema del día.

DON JUAN

Todo se hace de prisa en esta época: hasta el amor.

FAUSTO

No es lo característico de este tiempo el deseo de la verdad y el cultivo del intelecto. Un poco escéptica en esto de los principios, nunca como ahora la sociedad creyó tanto en el poder de su voluntad. Los hombres se creen completamente dueños de sus destinos, y para conseguirlo, apartan todo lo que les estorba. Sí; en esta época de plenitud de la vida se busca paradójicamente la muerte. Heroísmo, se pide; sacrificio. La muerte triunfa.

Hamlet

Sí, la muerte triunfa. Mis ojos no han visto en el mundo actual más que un vasto cementerio. Mirad *(Como hablando ensimismado y mirando a un punto.)*, mirad... "Mirad: esa calavera tendría lengua en otro tiempo y con ella acaso pudo cantar y maldecir. Aquella otra quizá fuera cabeza de algún estadista, o la de una dama encopetada, o la del rey. Y ahora están todas en poder del señor gusano y hechas pedazos por el tiempo y el azadón del sepulturero. Quizá esta otra es la de un abogado y han desaparecido de ella sus sutilezas, o la de un gran propietario al que en definitiva y en realidad sólo bastaba un espacio tan pequeño. ¿Qué se hicieron de vuestras burlas, de vuestros razonamientos, de vuestros golpes de ingenio? Entrad ahora en el tocador de una gran dama y decidle que por más afeites que se ponga vendrá a parar en esto. Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo a polvo. El polvo es tierra, y de la tierra hace-

mos barro, y con ese barro podremos tapar un barril de cerveza. El gran César muerto y hecho tierra, podría tapar un agujero para que no penetre el aire. El gusano es el monarca supremo. Porque nosotros engordamos a los demás animales para engordarnos a nuestra vez para el gusano que nos comerá finalmente. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero los dos se sirven en la misma mesa. En esto termina todo."

ESCENA III

El Hombre

¿Qué diagnóstico hacéis, caballeros? ¿Se salva la Humanidad? ¿Se pierde? ¿Se afirman vuestros sentidos? ¿Se malogran? Vosotros representáis un sentido de vida y un sentido del amor tan fundamental para transmitir la vida, que nos interesa vuestra opinión.

Don Quijote

Sin duda, hay algo importante en el hombre actual, que ofrece su vida generosamente. Esto es ya mucho; pero acaso hay demasiado sometimiento a la acción y al esfuerzo heroico en sí mismo. Existe, pues, el quijotismo en este sacrificio, pero quizá falta una depuración; acaso falta una idea que no puede mostrar la inteligencia y que debería mostrar la inteligencia, porque al derrumbarse la obra de la razón se perdió toda la confianza en ella y se puso incondicionalmente en la voluntad. La voluntad, sin embargo, es en sí misma ciega.

Hamlet

Una cosa se puede afirmar: que ningún estilo de vida podrá prosperarse si contraría las exigencias íntimas de nuestra naturaleza humana, y en todo caso, el protagonista en el mundo tendrá que ser el hombre, este va-

lor esencial y básico que debemos reconocer. Hay, ciertamente, épocas de inteligencia y épocas de voluntad. Las primeras, como se circunscriben a los límites de la vida, sin salir de los horizontes terrestres, degeneran en positivismo, procuran el desarrollo material, el dominio de la Naturaleza para vivir lo mejor posible y gozar de la vida; pero las segundas deben ser austeras, de puro sacrificio. Nada se haría con cambiar el sino si no cambian también los modos y los procedimientos. El tono social de la burguesía responde a las épocas de la inteligencia, del racionalismo, del enriquecimiento por el enriquecimiento mismo para aumentar el bienestar material y el goce intenso de la vida. Si este tono se conserva en las épocas de voluntad y de fe, entonces la voluntad, en vez de ser voluntad de sacrificio, se convierte en voluntad de goce y de poder. En las épocas de voluntad hay una cosa esencial que hacer y es la regeneración moral.

FAUSTO

Somos ya viejos, y esa obra, en la época actual, pertenece a la juventud.

HAMLET

Nos parece lógico que la juventud tenga un puesto en la vida, pero el problema consiste en saber si ese puesto es el de hoy o el de mañana. Si la juventud, como tal, debe pesar en cada momento con un tono decisivo o si sólo tiene pleno derecho a las facilidades de preparación para abrirse paso en su día. No se olvide que la juventud aporta pasiones, entusiasmos y audacias que aceleran la actividad, más que meditaciones que la hagan eficaz. El impulso debe ser corregido por la disciplina.

FAUSTO

El peso de una u otra generación depende casi siempre del carácter de cada época, y

reconocemos que hay épocas retrasadas o lentas que piden más el entusiasmo y la audacia que otras. El tema de nuestro tiempo consiste en someter la razón a la vitalidad; en ese sentido, sí, es un poco de juventud. No busquemos otra cosa en el imperio de la voluntad que la audacia y el impulso.

Don Quijote

A pesar de los esfuerzos realizados por la causa de la paz y de la justicia, el débil continúa indefenso. Las gentes no logran entenderse por medio del razonamiento. Cada uno cree defender la causa más justa. Ninguna norma objetiva y superior fijada de antemano, fría y serenamente, antes de llegar la hora de la pasión y del combate, se tiene en cuenta. Los litigios humanos siguen, acaso, más que nunca, encomendados a la fuerza del más fuerte. En todo caso, los Quijotes van seguidos de muchos Sanchos en busca de ínsulas.

FAUSTO

Yo tampoco estoy satisfecho de mi excursión por el mundo. Cierto que las gentes saben cada día más, y esto aumenta su poder sobre la Naturaleza. En este aspecto han hecho maravillas. Algunos han creído equivocadamente que por haber descubierto tanto lo habían descubierto todo. Creyeron haber encontrado el oro de la verdad, y la verdad última sigue sin encontrarse. Siguen sin descubrirse los enigmas y el misterio que envuelve nuestra vida, aunque los hombres de los últimos tiempos, tan ahincados en el estudio de las ciencias naturales, habían olvidado los misterios que nos rodean. Ahora, en estos últimos instantes, parece que comienzan a dudar y vuelven un poco atrás. Como yo, se habían olvidado del valor de la propia vida humana, y cuando se llega a esto, para salir de la confusión y enigma de la existencia, no hay más remedio que acudir a los poderes extranaturales: a Dios o al diablo. Yo pacté con el diablo; ellos pretenden acercarse a

Dios. Yo seguí el camino del mal y del pecado, y ellos pretenden seguir el del bien. No parece obscuro este camino, pero sí difícil. El bien tiene un valor absoluto. Todos creen verlo, pero pocos pueden seguirlo. Para seguir el camino del mal hay que quererlo todo; para seguir el camino del bien hay que renunciar a todo. Los hombres hacen más fácilmente lo primero. Yo, habiendo desconfiado de encontrar un sentido a la vida y descifrar sus misterios, me paré a veces a considerar el ejemplo de la Naturaleza y el triunfo de la fuerza por la fuerza misma. El espectáculo del mar embravecido que ruge y se encrespa con arrogancia, que crece y se eleva en olas gigantescas, me hacía pensar en la belleza de la fuerza y en el goce del mando por el mando. Constantemente empujado por el torbellino de la vida, deseé, obtuve y he vuelto a desear. Sé todo cuanto se puede saber dentro del horizonte terrestre, pero ignoro lo que hay más allá. El mundo actual sigue sintiendo, como yo sentía, las tinieblas que lo cercan. Continúa el hombre presa de una agitación terrible y de una do-

lencia insoportable; de ese sueño angustioso que le hace temer el despertar y que le tiene clavado en el mismo sitio, aunque él cree que llega a alguna parte. Para que veais en qué situación se halla el mundo, me he encontrado en mi tierra con un filósofo llamado Spengler que ha dicho estas palabras: "Sólo el hombre activo, el hombre del sino, vive en última instancia la vida del mundo real, mundo de las decisiones y políticas, militares y económicas; mundo en el cual ni los conceptos ni los sistemas tienen cabida. En este mundo un buen porrazo vale más que un buen razonamiento."

Don Quijote

Habéis dicho, Fausto, que las gentes ahora en el mundo abandonan un poco vuestros caminos porque la ciencia no les da la clave de todos los enigmas, como tampoco os la ha dado a vosotros y porque desconfían un poco de las sendas de la razón y de sus limitacio-

nes, pretenden seguir los caminos más espirituales del bien. Acaso esto les acerque un poco a mí.

FAUSTO

En efecto, he dicho que cuando se trata de descifrar enigmas habrá de recurrirse a los poderes extranaturales del bien o del mal: de Dios o del diablo. Pero seguir los primeros es labor muy difícil, porque es un camino de renunciamiento y de sacrificio y hay una cierta contradicción entre el querer y el hacer casi siempre, porque las gentes se inclinan por los caminos más fáciles del instinto. Seguir el camino del diablo, no obliga a nada y la voluntad se puede orientar hacia el goce y el poder. Es mi caso. Pero pretender seguir el de Dios obliga a mucho: la voluntad debe orientarse al sacrificio.

DON JUAN

Yo encuentro poco variado el mundo. Las pasiones son las mismas, pero las costumbres,

otras. En realidad, yo tendría ahora mucho que hacer o nada que hacer. Mi actividad de cosechero sería grande, pero mi actividad de sembrador, muy reducida. Todo está ya sembrado; es una maravilla la tierra. Las mujeres nacen casi conquistadas, y si no han caído en los brazos de Don Juan, se mueren por caer. Esto es, en realidad, de todos los tiempos; pero la novedad consiste en que ahora no lo ocultan. El rapto ha caído en desuso. Ahora basta con ir al cine. Las niñas salen sin la presencia enojosa de las dueñas. En mi vuelta por el mundo he visto cosas sorprendentes en las mujeres de todas las edades. He conquistado solteras, casadas y viudas. Una soltera, hija de familia que ha pasado una noche de amor conmigo me preguntó al día siguiente: "¿Cómo te llamas?" "Don Juan", le dije. Parece que le hizo mucha gracia. Casada he conquistado que mandaba un recado telefónico a su esposo para decirle que no la esperase a cenar ni a dormir porque tenía asuntos de bufete que la retenían fuera de su casa. Ahora las mujeres son también letrados. Y he conocido, por

último, viudas "hechas migas", como ellas decían, por el dolor de la muerte de sus esposos y que sólo tenían valor para tomar de vez en cuando un *cock-tail* y jugar diariamente una partida de *póker* con un grupo restringido de amigos, eso sí, muy distinguidos. Todo el encanto de la distancia que cubría con un velo misterioso el sexo contrario ha desaparecido. Toda la retórica de cortesía que acentuaba el respeto y la devoción entre los sexos ha caído en desuso. Ahora se tutean todos y se conocen sus defectos antes que sus virtudes. Es como si se miraran con un cristal de aumento de tan cerca como se ven. Antes se entreveían nada más; ahora se ven demasiado y se aburren antes de conocerse a fondo. Por eso dije al comienzo que yo tendría mucho que hacer o ya nada que hacer.

HAMLET

El mundo actual no me satisface. Todos se lanzan a la acción y no queda lugar para el análisis. Nadie piensa. Sólo cuenta la voluntad.

ESCENA VI

HAMLET

(Dirigiéndose a las figuras femeninas.) ¿Y qué os parece a vosotras del mundo?

DULCINEA

¡Oh!, yo nada tengo que hacer en él. A ninguna mujer la envuelve y rodea el hombre moderno con los velos de la fantasía para subirla muy alto, muy alto, en el altar del ensueño. Al contrario, las desnudan a todas con el ansia carnal del pecado y del deseo. No sólo no saben hacer de una zafia aldeana el más alto ideal, sino que les quitan la misma espiritualidad que, en mayor o menor grado, todas poseen; es decir, las dejan sin alma. Para el hombre moderno la mujer no tiene más que cuerpo. Ellas que se ven tan

desnudas en la mente de los hombres, tratan de retocarse lo mejor que pueden, y hacen resaltar los encantos físicos.

DON JUAN

Ni yo ni tú, Margarita, tenemos que hacer en el mundo. Nosotras sabemos de amor, pero de un amor espiritual que ya interesa muy poco.

OFELIA

Soy yo la que tiene razón. La mujer moderna huye también de perpetuar la carne y el dolor; pero no por no perpetuar la carne, sino por no arrostrar el dolor. Habrá que irse al convento.

ESCENA ULTIMA

Fausto

Volvamos a nuestro mundo de la fantasía. En el mundo de la realidad no podríamos vivir. En todo caso, que se quede Don Quijote, ya que el sentido de la vida actual coincide con su propio sentido, y por ser Don Quijote español, es un poco también la hora de España. El quijotismo aspira a modificar la realidad y superarla. Aquí está patente la obra ambiciosa de la voluntad que caracteriza esta época.

De la soberbia intelectual de la época del racionalismo se pasa a la soberbia de la voluntad y del heroísmo ciego. La Humanidad camina de extremo en extremo, de pasión en pasión.

Hamlet

¿Es el hombre un ser racional o un ser pasional nada más? Lo que mueve al mundo

es la pasión. Para andar, para moverse, para caminar, es preciso la pasión; para juzgar el camino andado está la razón. Pero con la razón no se camina: sólo se juzga la jornada realizada. Tras una época de larga crítica sobreviene la época de la acción. Tras la acción y los esfuerzos heroicos de la voluntad vendrá otra vez la crítica. El mundo es ahora voluntad, pero la voluntad se puede orientar hacia arriba o hacia abajo, hacia el bien o hacia el mal. La voluntad que no es voluntad de sacrificio y de renunciamiento es voluntad negativa de goce y de poder. La voluntad tiene sus límites. La realidad es algo más que voluntad: es una serie de fuerzas muy ideales o muy prosaicas, que pasan por encima o por debajo de la mente de los hombres, y el esfuerzo de los hombres por someter estas fuerzas muy superiores o muy inferiores, muy de Dios o muy del diablo, constituye la Historia. En la Historia se encuentran Dios y el hombre.

El Hombre

Esto constituye nuestro drama y a veces nuestra tragedia, ya que el hombre no puede luchar contra su destino y nuestros egoísmos hacen casi siempre fracasar las mejores intenciones; pero, por obra y gracia del misterio de la redención, la capacidad de regeneración de nuestra naturaleza es infinita.

Hamlet

En todo caso, nos habéis creado superiores a vosotros mismos. *(Dice, dirigiéndose a* El Hombre.)

El Hombre

En efecto, representáis nuestros más íntimos anhelos. Lo que hubiésemos deseado ser, lo que no alcanzamos a ser por el peso de nuestras pasiones y de nuestras miserias.

Nuestra grandeza consiste en ser capaces de concebir el ideal que vosotros representáis y nuestra servidumbre en el peso de la materia y del egoísmo. No nos abandonéis; sostenednos en el camino y recordadnos que sois hijos nuestros para que no caigamos en el dolor y en la vergüenza. En esta obra de voluntad y de fe que ahora emprendemos es preciso descubrir el sentido de eternidad en la vida y en las cosas. Demasiados dolores y demasiados horrores hemos sufrido los hombres para justificar vuestra vuelta al mundo: la vuelta del ideal sobre la tierra.

Madrid, diciembre 1940.

NOTA CRÍTICA

PUBLICADA EN "LA PRENSA", DE BUENOS AIRES, SOBRE UN LIBRO DE GARCÍA MARTÍ

Salvando las distancias que la jerarquía dispone, al oír pronunciar en Madrid por primera vez, hace ya algunos años, el nombre atrayente de García Martí, se me ocurrió de pronto se tratase de algún publicista cubano allí residente; y a seguida, según cierta costumbre, no sé si muy española o muy criolla, que para el caso es lo mismo, hice el juego del vocablo, y me justifiqué subjetivamente su doble apellido; así: se llama García, como el diligente protagonista del cuentecillo isleño que supo llevar un mensaje difícil en la guerra del 98, y se llama, por contera, Martí, como el libertador heroico...

Nada, absolutamente nada, de este galimatías era verdad; sino, simplemente, que García Martí sabe llevar con maestría a los puntos de su pluma los mensajes de su clara y reflexiva inteligencia, de su estilo noblemente sencillo y sin pompa, cual corresponde a un hombre habituado a pensar por sí mismo en alta voz, o, más bien dicho, a media voz, porque es un escritor de medios tonos profundos.

García Martí es un escritor reflexivo, dije, y es todo verdad en ese calificativo: en lo que tiene de reflejo y en lo que tiene de pensador. La materia prima le es proporcionada, como a todos los moralistas, por el ambiente, por las circunstancias, por la luz o la penumbra que cae sobre el área de su soliloquio pensativo. Pero él reelabora ese material y lo conforma sin alardes, sin excesos y sin prisas neuróticas en un caudal serenado, lleno de vida marginal. Es un comentarista *au ralenti*, que exige atención y poco ruido para que se le escuche. Pero luego, cuando se ha hecho en torno suyo ese grato silencio que a él tanto le place, ¡cuán recompensados quedan el lector, el oyente, el interlocutor! Este género de escritores no abunda en los pueblos hispanoamericanos; y, sin embargo, ellos son una de las más patentes demostraciones de que una cultura viva está cuajando sus frutos y de que la civilización ha encarnado modernamente en algunos espíritus alertas, aunque tranquilos, que bien pudiéramos apellidar hoy un celebérrimo apodo de ayer: despertador de cortesanos, o, si os place más, pacificador de aspaventadores de la cultura...

Uno de los gravísimos defectos de la librería española e hispanoamericana consiste en no comunicar al público con imparcial objetividad la producción de muchos autores peninsulares (de los americanos difundidos en España no hablemos, porque habría motivo para una disertación un tanto agria), que, trabajando de manera constante y uniforme, no ven, sin embargo, sus libros en manos de los estudiosos, sino ocultos en los desvanes de las librerías de allá. El resultado de este aislamiento, de este "boicotaje" más o menos intencionado, está a la

vista: la literatura española contemporáanea no ha logrado integrarse en la visión de los públicos americanos con valores tan dignos de ser gustados como los que se contienen en los libros de García Martí; por ejemplo lo señalo, pues hay no pocos ensayistas, ora universitarios, ora francotiradores de la cultura peninsular, totalmente desconocidos en América, por culpa exclusiva de la displicencia editorial de allá y de acá. García Martí ha publicado ya una treintena de tomos en editoriales conocidas, ciertamente, en nuestros Centros de librería. Sin embargo, su nombre es casi ignorado en estas latitudes. He aquí algunos de estos títulos: *Lugares de devoción y belleza, Caracteres de la vida social y mundana, De la felicidad, El sentimiento de lo eterno, Una punta de Europa, La tragedia del caballero de Santiago, La sociología en Francia, En torno del pleito de España, La emoción del momento*, etc., etc. Ensayos, novelas, tratados jurídicos, material todo de depurada presentación de forma y fondo, libros esos que han prologado con ingentes elogios y justiprecio de la personalidad del autor, Valle Inclán, Unamuno, José Ortega y Gasset... Algo faltaría en la literatura española de hoy si García Martí no aportase su presencia meditativa y ponderada, que nos ha traído la filosofía del espíritu galaico con una fidelidad amorosa y una sencillez encantadora, quizá poco perceptible desde la misma España, pero que adquiere bulto y acusado relieve en la perspectiva total.

MARIO FALCAO ESPALTER

OBRAS DEL AUTOR

LITERARIAS

1.ª—Del mundo interior. (Ensayos.)
2.ª—La sonrisa de un espíritu. (Novela.)
3.ª—Del vivir heroico. (Ensayos. Prólogo de Unamuno.)
4.ª—Verdades sentimentales. (Ensayos.)
5.ª—Lugares de devoción y belleza.
6.ª—Caracteres de la vida social y mundana.
7.ª—De la felicidad. (Ensayo. Prólogo de Valle-Inclán.)
8.ª—Una punta de Europa. (Ritmo y matices de la villa gallega. Prólogo de D. José Ortega y Gasset.)
9.ª—El sentimiento de lo eterno. (Ensayo.)
10.ª—Don Severo Carballo. (Novela.)
11.ª—La tragedia del caballero de Santiago. (Estampas compostelanas.)
12.ª—La tragedia de todos. (Teatro.)
13.ª—El amor. (Ensayos. Prólogo de Marañón.)
14.ª—La muerte. (Ensayo.)
15.ª—A través de la vida. (Cuentos.)

16.ª—De la zona atlántica. (Galicia y Portugal.)
17.ª—Una más. (Novela corta.)
18.ª—El emigrante. (Novela corta.)
19.ª—La odisea de Olga. (Novela corta.)
20.ª—La vida de un español.

JURÍDICAS Y SOCIALES

21.ª—La solidaridad social.
22.ª—La sociologie en France. (París, 1912.)
23.ª—La prevision en sociologie. (París, 1923.)
24.ª—La jurisdicción mercantil.
25.ª—Notas de sociología.
26.ª—La emoción del momento.
27.ª—El Ministerio de Fomento: Su naturaleza jurídica y funciones.



3,50 pesetas

Published in Spain